

2. Mitos y Conductas

La percepción de nuestra realidad

Los argentinos compartimos mayoritariamente algunas creencias y actitudes que no favorecen las también comunes aspiraciones sobre el futuro del país. En este capítulo se repasan algunas de ellas, especialmente las que más conspiran contra el deseado progreso socioeconómico.

En el caso de ciertas creencias, no solo son perjudiciales, sino equivocadas. La ignorancia sobre aspectos claves de la realidad mundial no es una singularidad de los argentinos. Es algo que pasa en todo el mundo. Rosling (2018) en su libro, cuyo título en castellano sería *La realidad de los hechos, diez razones por las que estamos equivocados respecto del mundo y porque las cosas son mejores que lo que usted cree*¹, muestra las encuestas que hizo por más de 20 años sobre el conocimiento de la realidad mundial entre diversos grupos de distintos países y niveles culturales, incluso de poderosos empresarios y políticos y hasta uno integrado por premios Nobel. En diez de once preguntas formuladas con tres opciones de respuesta, la elegida con mayor porcentaje fue siempre la más equivocada y la correcta tuvo siempre un porcentaje por debajo de lo que hubieran sido respuestas al azar. No se trataba de cuestiones opinables; en todos los casos eran sobre cosas comprobables mediante estadísticas, normalmente de alguna agencia de Naciones Unidas.

La explicación de Rosling sobre estos resultados sorprendentes es que el mundo está cambiando rápidamente y en general para bien, como lo demuestra con un gran número de estadísticas sobre diversos indicadores socioeconómicos. Pero esto es desconocido en general por diversas razones. Por una parte, el común de la gente tiene una percepción de aquello que no lo afecta directamente que se corresponde más con el pasado que con el presente, cosa que se explica por la velocidad de los cambios en el mundo actual. Pero hay también una serie de factores psicológicos que conducen a creer que todo necesariamente empeora con el tiempo. Entre estos factores que Rosling analiza en cada uno de once capítulos está el pensamiento que privilegia la explicación bipolar, cuando la situación casi siempre ofrece matices. También examina al instinto negativo, favorable para la supervivencia durante la evolución de la especie, que conduce a imaginar que la realidad es peor y más

¹ De este libro Bill Gates dijo que es uno de los más importantes que ha leído y que es una guía indispensable para pensar con claridad acerca del mundo. Su primer autor, Hans Rosling fue médico, profesor de salud pública internacional y uno de los fundadores de Médicos sin Fronteras en Suecia, su país natal. Murió en 2017.

dramática que lo que realmente es². Igualmente considera como causa de la percepción errónea a la tendencia a proyectar linealmente tanto en tiempo como en otras variables, cuando en la realidad las cosas no siempre varían de ese modo

El problema en el caso argentino es que la percepción errónea de los hechos no es solo del mundo sino de nuestras propias realidades. En eso tampoco estamos solos. Al menos eso parece indicar una encuesta realizada en 2016 por una importante consultora británica de investigación de mercado. La encuesta midió el conocimiento del público acerca de asuntos y políticas globales y del propio país, en ambos casos de suma importancia. La Argentina se ubicó en el medio, en el puesto 20 entre los 40 países relevados (Ipsos MORI 2016). Pero lo peor es que, a diferencia de otros países, algunas de las creencias erróneas, pero profundamente arraigadas en la conciencia colectiva de los argentinos, perjudican el progreso socioeconómico y por eso nos detendremos en ellas y en su origen.

Además de las razones expuestas por Rosling, hay otra más para que las ideas y conductas colectivas no se modifiquen rápidamente en concordancia con las nuevas realidades. En todos lados, solo una ínfima minoría está informada de las circunstancias que, aunque relevantes para el grupo o nación, no afectan de inmediato y ostensiblemente la vida cotidiana de cada uno de sus integrantes. Recién después de años o a veces de generaciones, la conciencia sobre las nuevas realidades se abre paso en el conjunto de la sociedad; pero en un mundo vertiginosamente cambiante eso solo ocurre cuando ya hay otra nueva realidad. En consecuencia, no debe asombrar demasiado que la percepción que predomina entre los argentinos sobre la estructura socioeconómica mundial y aun de la de nuestra propia sociedad sea más cercana a las condiciones objetivas del fin del siglo XIX y de principios del XX que a las del comienzo del siglo XXI.

¿País muy rico?

No lo es de acuerdo a lo que producimos. En 2016, según cifras del Banco Mundial³, la Argentina tenía un ingreso anual promedio por habitante de 19.500 dólares americanos (USD) medido como PPA⁴. Eso no superaba por mucho al promedio mundial de 16.200

² En las condiciones en que evolucionó la humanidad, rodeada de peligros, la percepción exagerada de los riesgos favorecía la prudencia y en consecuencia la supervivencia.

³ <https://datos.bancomundial.org/indicador/ny.gdp.pcap.cd>

⁴ PPA, paridad de poder adquisitivo, es una alternativa al PBI para medir el producto de las naciones. Mientras el PBI considera el precio de los bienes de acuerdo con la tasa de cambio de la moneda del país, el PPA se basa en el concepto de que los bienes idénticos deben computarse con el mismo valor en los diferentes países en que se producen, aunque cuesten nominalmente distinto de acuerdo con la tasa de cambio de las respectivas monedas. Tiene además la ventaja, muy conveniente en el caso argentino, de no cambiar abruptamente por las devaluaciones o apreciaciones de la moneda del país.

USD y había 50 países con un ingreso anual per cápita mayor que el nuestro. Entre ellos España y Grecia, que habiendo pasado y aun no superado totalmente crisis estructurales severas, tenían un PPA de 36.000 y 26.000 USD respectivamente. Los países de la OCDE⁵ promediaban un ingreso de 42.000 USD, más del doble que el de la Argentina, y varios países ricos más que triplicaban nuestro ingreso per cápita. Aun en Latinoamérica solo estábamos cuartos detrás de Chile, Panamá y Uruguay. En el último cuarto de siglo, a pesar de un incremento del PPA por habitante de alrededor del 50%, la Argentina retrocedió respecto del resto del mundo; en 1990 había 45 países con mayor PPA y en Latinoamérica solo nos superaba Venezuela. Si puede servir de consuelo, el mayor retroceso no se dio recientemente, sino entre 1960 y 1990; en 1960 solo 17 países tenían mayor PBI por habitante que Argentina.

Además de que por su poder adquisitivo promedio la Argentina está lejos de ser uno de los países medianamente ricos de la Tierra, su ingreso se encuentra muy desigualmente distribuido. El 10% más rico acumula el 31% y el índice de Gini⁶ que mide la desigualdad en la distribución del ingreso es de 42, mucho más alto que el de la mayoría de los países desarrollados en los que se encuentra cerca o por debajo de 30.

Se podrá argumentar que el país produce poco, pero es rico en recursos naturales. Aunque fuera cierto, eso no necesariamente implica riqueza. Hoy es sabido que la abundancia de los recursos naturales no es el factor determinante del progreso y éxito de las naciones, sino que estos se derivan de la madurez social, cultural e institucional. Incluso, esa abundancia puede ser un factor negativo; la fácil competitividad de los bienes derivados de los recursos naturales en los países con escaso desarrollo institucional y poca madurez política son más una desventaja que una palanca del desarrollo material. El fenómeno es bien conocido y ha sido bautizado como *la maldición de los recursos naturales* (World Bank 2006; Diamond 2016). Estos recursos, cuando son abundantes y altamente competitivos como es el caso de nuestra producción agropecuaria⁷, favorecen la balanza comercial y por lo tanto tienden a valorizar la moneda del país y hacen que otras actividades, industriales, tecnológicas y culturales, tengan escasa competitividad por la elevación de los costos internos, lo que desalienta el desarrollo económico. Es peor cuando, como en el caso argentino, la abundancia de los recursos naturales en relación a la población

⁵ OCED es la sigla de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico que nuclea los países más ricos del planeta.

⁶ El índice de Gini es una medida de la desigualdad en la distribución del ingreso. Varía entre 0 y 100. El cero corresponde a la perfecta igualdad (todos tienen el mismo ingreso) y el 100 a la perfecta desigualdad (una persona lo tiene todo).

⁷ La competitividad del sector agropecuario de la Pampa Húmeda se apoya en su rápida actualización tecnológica y en muchos aspectos en una avanzada gestión empresarial. Pero no se puede desconocer que tiene además como su base principal a las muy favorables condiciones del suelo y del clima.

contribuyó en el pasado al desarrollo de una cultura renuente al esfuerzo, la previsión y la iniciativa.

En pocas palabras: no somos un país rico. Pero lo que es peor por sus consecuencias es la creencia generalizada de lo contrario. Lo opuesto sucede en Japón donde, después de décadas de prosperidad, la población sigue pensando que su país es pobre. Cabe la pregunta ¿Cuál de las dos creencias, igualmente equivocadas, resultó ser positiva?

La abundancia de recursos naturales en relación con la cantidad de población ha sido y es todavía una constante de las circunstancias argentinas con todo lo que ello significa. Por tres siglos, la economía se basó fundamentalmente en la ganadería bovina en lo que Sarmiento denominó la civilización del cuero⁸. En efecto, no era simplemente una actividad productiva, sino que se trataba de toda una estructuración económica, social y cultural alrededor de una forma fácil y primitiva de producción, esto es ganadería extensiva para primero el aprovechamiento y exportación del cuero y recién en el siglo XIX, de carne.

En realidad, los recursos naturales no fueron nunca tan espectaculares como en el caso de otros países con metales preciosos o petróleo y solo permitían sostener para la gran mayoría una vida relativamente modesta pero, por otra parte nada esforzada. Lo que si sobraba era comida de calidad, mucha carne en tiempos en que era escasa en la mayor parte del mundo habitado y donde además era frecuente la amenaza del hambre. Esto condujo a una percepción de riqueza que caló hondo en el imaginario colectivo y estimuló una actitud renuente al trabajo y despreocupada por el futuro. No fue nada especialmente singular de nuestro país; desde muy antiguo la experiencia histórica ha mostrado que en general las condiciones naturales favorables no alientan la creatividad ni la cultura del esfuerzo laborioso⁹.

Como resultado, se desarrolló una forma de vida fácil y poco ambiciosa. Hasta bien entrado el siglo XIX, la vida rural de incluso propietarios de grandes extensiones era muy sencilla. Las comidas, casi exclusivamente de carne vacuna u ovina, eran poco elaboradas y tenían escasas variantes. Las viviendas rústicas, cuando no improvisadas, tenían un sencillo mobiliario que en el caso de los peones era de solo huesos de animales. Ayudaba también el clima benigno que permitía que en Córdoba, Santa Fe y más al norte la

⁸ Hasta fines del periodo colonial, del vacuno solo se exportaba el cuero.

⁹ La psicología social de un pueblo no depende de un solo factor, sino de su devenir histórico, sus interacciones culturales con otros pueblos, y otros aspectos, entre ellos también los geográficos. La geografía ha sido una explicación muy popular del carácter de las naciones. Por ejemplo, en la Grecia antigua, beocio era sinónimo de tonto y se pensaba que eso se debía al clima y terreno favorable que beneficiaba a ese pueblo al facilitar la producción de alimentos. En contraste, los otros pueblos griegos enfrentaban difíciles condiciones naturales que los llevaron a desarrollar su industria, navegación, comercio, cultura y potencial militar (Toynbee 1998).

gente durmiera en los patios, esquivando el acoso de los insectos que la pobrísima higiene no impedía proliferar¹⁰ (Mac Cann 1853).

A pesar de la falta de comodidades, los recién llegados desde Europa, donde se requería de grandes esfuerzos para apenas sobrevivir, veían la inmensidad de las pampas y los grandes rebaños de ganado como una fuente inagotable de fácil riqueza. Y en muchos casos, se acomodaban rápidamente a la vida semi ociosa y despreocupada de la población nativa.

La segunda percepción generalizada sobre la riqueza fue que esta se generaba sola, o al menos con poco esfuerzo y sin el necesario concurso de un trabajo afanoso. Varios observadores llegaron a decir que la Argentina crecía cuando los argentinos dormían, lo que no estaba lejos de ser, aunque en parte, literalmente cierto en el caso de la ganadería extensiva que fue por mucho tiempo la producción local de mayor importancia en casi todo el país. De ahí que lo que frecuentemente primó hasta hoy, no fue la preocupación por ampliar la producción sino la cuestión de cómo distribuirla.

Cuando el aumento de la población, las nuevas condiciones de los mercados internacionales y los cambios tecnológicos que modificaron la producción y los hábitos de consumo volvieron obsoleta la idea de nuestra riqueza ilimitada, no por eso dejó de mantenerse vigente con todas sus implicancias. Esto no debe asombrar, ya que la percepción colectiva de los cambios de la realidad socioeconómica es en general muy lenta y en el caso argentino no pudo seguir el tren de la vertiginosa evolución del mundo durante el último siglo. Pero eso también se debió a que las condiciones de aquel tiempo siguieron teniendo, aunque parcialmente, cierta continuidad; aún dependemos económicamente de las exportaciones ligadas a la producción agropecuaria. Y eso es todavía suficiente para mantener un discreto nivel de bienestar, aunque muy modesto en relación con el que tienen los países con los que nos gusta compararnos.

Si se cree que la riqueza es ilimitada y está simplemente disponible sin gran esfuerzo, entonces es bastante comprensible que no se plantee demasiado como preservarla o aumentarla, sino solo como distribuirla. Es casi natural que cada uno se sienta con derecho a disfrutar de la imaginaria riqueza colectiva, aun sin haber contribuido a su producción¹¹.

¹⁰ Decía William Mac Cann, viajero británico durante la época de Rosas: *En estas provincias del norte, la mayoría de los habitantes acostumbra dormir al aire libre, salvo en las noches muy frías del invierno. Al general López, último gobernador de Santa Fe y hombre de considerable influencia política y militar, oíasele decir con frecuencia que durante diez y ocho años de su vida, no había dormido nunca en el interior de una casa, y desde que salió de la infancia hasta que contrajo matrimonio no durmió nunca sobre una cama.*

¹¹ Cuando era estudiante del secundario allá por 1959, el profesor de psicología nos llevó al manicomio para que viéramos ejemplos de las distintas patologías mentales. Sólo recuerdo el caso de un interno que había sido anarquista. Era bastante normal, excepto con un tema: sostenía que las cosas no se fabricaban sino que habían existido siempre; y mientras decía eso, mostraba con orgullo su

Como además somos una sociedad solidaria, se reconoce la obligación colectiva de ayudar, a los pobres, a los no tan pobres, a los inundados y hasta a los extranjeros, turistas o inmigrantes, a los que brindamos gratuitamente educación, salud y subsidios sociales como si fuésemos ricos y nos sobraran los recursos que en realidad nos faltan¹². Ante las contingencias desfavorables o las revelaciones periodísticas de situaciones de necesidades crónicas se produce un enorme y muy ponderable eco social. No está mal y es una de nuestras virtudes. Pero casi siempre, lo que se pide o se da no son medios de trabajo. Es interesante observar que los pobres de otros países, particularmente de América Latina, suelen reclamar y luchar por tierra para producir. En cambio, nada de eso se oye por aquí. ¿Quién quiere tierra? lo que se pide es efectivo, mucho o poco, pero limpio de esfuerzos innecesarios. En este sentido, resulta patética la desubicación de la izquierda tradicional con su cantinela de reforma agraria que lleva ya más de un siglo y que no le interesó ni le interesa a nadie.

Acá lo que prevalece en la sociedad, desde los niveles más bajos a los más encumbrados, es una generalizada cultura rentista. El sueño de muchos es tener una renta que permita esquivar una vida laboriosa. Para algunos el ideal es *salvarse*, es decir enriquecerse, con una jugada milagrosa o non sancta, y para otros acceder al menos a algún ingreso, aunque sea pequeño, pero seguro. Estos últimos sueñan con una jubilación, lo más temprana posible, como la que de hecho han conseguido algunos sectores, o con un empleo público que en ciertos casos es como una jubilación con horario de asistencia, perpetuo y en general escasamente retribuido. Es curioso, pero no se ve imposible vivir sin producir, ya que se cree que en algún lado esta oculta la gran riqueza que a todos nos pertenece.

Otra característica que tiene que ver con la ilusoria riqueza ilimitada, es la actitud generalizada de esperarlo todo del Estado, presunto depositario de esa riqueza. Pero esto también tuvo origen en el distante pasado como veremos a lo largo de los capítulos 4 a 9; ya estaba presente en la cultura de los conquistadores y colonizadores, acostumbrados al verticalismo monárquico, sin cuya gracia y consentimiento era difícil prosperar. Luego de la Independencia, ricos y pobres fueron testigos del inmenso enriquecimiento que significó para algunos el gran reparto de la tierra desde el poder del Estado. Posteriormente, el clientelismo

reloj de bolsillo y preguntaba como esa maravilla podía haber sido construida por los hombres. Su conclusión era que eso de la fabricación era un truco de los comerciantes para justificar el precio de las cosas que en realidad deberían ser gratuitas. En su confusión, proyectaba el argumento no creacionista del universo, seguramente popular entre los ateos de su juventud, al origen de los bienes transables. Lo cierto es que cualquiera fuera la causa de su argumentación disparatada, era paradigmáticamente argentina; difícilmente a ningún loco de otro país se le podría haber ocurrido algo parecido.

¹² Se ha llegado al colmo de que haya un turismo sanitario organizado desde Paraguay, en el que los pacientes viajan en ómnibus fletados expresamente para atenderse en determinados hospitales públicos y que muchas bolivianas crucen la frontera para dar a luz sus hijos en Argentina.

político y las cambiantes decisiones gubernamentales favoreciendo a uno u otro sector terminaron consolidando esta idea. Pero esta generalizada actitud no resulta socialmente gratuita; no es difícil ver la relación que esta mentalidad tiene con la poca iniciativa privada, lo que no ayuda precisamente al progreso colectivo.

Hasta aquí, lo que se ha señalado parece indicar que la falacia sobre la riqueza ilimitada es propicia para que prospere entre nosotros lo que recientemente se ha dado en llamar genéricamente populismo. Es cierto, pero es todavía peor porque además ha alimentado la tolerancia al saqueo del patrimonio público, del que tampoco han sido ajenos gobiernos que difícilmente se podrían catalogar como populistas.

Lo peor es que esta falsa creencia no es gratuita; como iremos viendo, está en el trasfondo de varias conductas colectivas de altísimo costo socioeconómico.

El error sobre nuestra presunta riqueza conduce también a otras creencias que son al menos parcialmente inexactas. Si debiéramos ser un país avanzado de acuerdo a nuestra supuesta opulencia natural y no lo somos, naturalmente alguien debe ser culpable. Los presuntos culpables son diferentes para distintos sectores y grupos ideológicos; pero eso sí, la natural autocomplacencia humana tiende a ubicarlos siempre fuera de la propia responsabilidad. Es común que desde el peronismo y la izquierda se los sitúe en los sectores dirigentes, o como se estila llamar ahora en las corporaciones y en los sectores concentrados. Por otro lado, buena parte de la clase media, afín al pensamiento liberal, culpa al peronismo en sus diferentes versiones y al pobrericío sin voluntad de trabajo. Esta también muy extendido el encontrar los culpables en los poderes extranjeros: el Fondo Monetario, el Banco Mundial, las empresas transnacionales y los Estados Unidos. En todo caso, nunca se asume la propia responsabilidad: si no somos ricos y desarrollados es simplemente porque somos como somos. Es decir, porque nuestras creencias y conductas colectivas no nos ayudan.

La cultura del saqueo

Desde hace ya muchos años, de tanto en tanto vemos en los noticieros televisivos escenas que seguramente son solo una pequeña muestra de algo que ocurre con más frecuencia. Se trata de camiones o acoplados volcados o descarrilamientos de trenes de carga. Rápidamente, desde la vecindad se suma una multitud. ¿Qué hace? ¿Curiosear? No solo, sin perder mucho tiempo comienza un meticuloso saqueo que acaba con todo. Si son botellas de cerveza, se llevan las que no están rotas, si son paquetes de arroz o zapatillas es igual, todo sirve. Y no se crea que es por necesidad, al saqueo se suelen sumar autos y camionetas, y no precisamente de modelos muy viejos. En el caso de un camión volcado que llevaba vacas en una zona rural de Santa Fe, aparecieron enseguida matarifes improvisados que enlazaron los animales dispersos, los carnearon ahí mismo y se los llevaron. Estos episodios se han visto en casi

todas las provincias, incluyendo la misma ciudad de Buenos Aires y son indicadores de lo arraigada y extendida que está la cultura del saqueo. Y no es la única modalidad a la vista de todo el mundo; desde hace ya varios años, si no se activa una severa vigilancia en la época de las fiestas de fin de año, multitudes de predadores oportunistas al acecho esperan alguna señal para lanzarse sobre comercios de todo tipo. Y otra vez no es hambre, lo que se prefiere son televisores, electrónica o cualquier cosa lo más valiosa posible.

No hay que concluir que estos episodios son el gran problema; solo se los menciona aquí como ilustración de algo más grave. Son apenas la punta del iceberg que pone de manifiesto algo más profundo, la difundida cultura del saqueo en la sociedad argentina que principalmente afecta la cosa pública. Lo más grave es que cuando uno de los modos de apropiación de la riqueza es el saqueo sistemático, esto tiene implicancias en la mentalidad del grupo saqueador y en la percepción de su lugar en la sociedad. Por eso, antes de ir al caso concreto de la extendida cultura del saqueo en la Argentina, se hace indispensable una digresión sobre el saqueo en general y sus consecuencias en lo cultural e institucional, box 2.1.

BOX 2.1. Sobre el saqueo

La primera forma social de la humanidad y también de las especies pre humanas, fue la horda cazadora y recolectora. Antes de que en algunos casos aprendieran a administrar los recursos del medio en que vivían, las hordas tomaban del territorio lo que este le ofrecía sin mayores previsiones sobre el mantenimiento y reproducción de lo que se apropiaban. Eventualmente cuando los recursos escaseaban o se terminaban se movían a otras zonas, En una palabra, vivían del saqueo del mundo que las rodeaba. Es probable que en su trashumancia se toparan con otras hordas y que en algunos casos se saquearan entre sí. No es impensable que esta forma de vida haya sido decisiva para la expansión geográfica de la especie. El atributo distintivo del hombre, su inteligencia, permitía a las hordas aprovechar al máximo los recursos biológicos del ambiente, lo que terminaba con su agotamiento y forzaba el desplazamiento hacia nuevos espacios. En efecto, hay muchas evidencias que la extinción de algunas especies animales se produjo por la acción predatoria de los humanos prehistóricos; el caso más conocido es el del mamut en Eurasia.

La primera necesidad de la horda era sobrevivir. ¿Qué organización necesitaba para eso? Seguramente una jefatura individual o colectiva, habilidosa en la caza y la exploración de nuevos espacios, y cuando se hacían frecuentes los contactos con otras hordas, la aptitud militar o diplomática para enfrentarlas. No necesitaba de demasiadas reglas que no fueran más que las que garantizaran la supervivencia inmediata.

Por el contrario, cuando se establecieron los primeros pueblos sedentarios mediante la agricultura o se desarrolló la actividad

pastoril con la domesticación del ganado, estas actividades necesitaron de continuidad en el tiempo. La producción de granos, tiene un ciclo anual o en algunas zonas semi anual; la ganadería requiere de más tiempo. En ambos casos, no se concibe que estas actividades puedan desarrollarse sin normas e instituciones que aseguren su continuidad. Así, en los regímenes despóticos y muchas veces esclavistas en los comienzos del periodo histórico, las elites gobernantes se apropiaban de gran parte de lo producido por el trabajo sometido, pero por su propio interés se esforzaban por generar condiciones que permitieran y ampliaran la producción. Esto condujo a una organización institucional capaz de garantizar la continuidad de las actividades productivas mediante normas de convivencia y seguridad. Un ejemplo, entre tantos, es el del Antiguo Egipto donde la organización social se desarrolló sobre la base de la agricultura bendecida por el Nilo y mediante la imposición de un sistema recaudatorio. Para lo cual fue necesaria la escritura y un sistema burocrático y para sostenerlo, la organización militar y religiosa. En resumen, la sociedad se fue estructurando con instituciones que garantizaban la continuidad de la producción. A medida que históricamente los procesos productivos se hicieron más complejos, así también se fueron complejizando las instituciones que los protegían.

Pero la historia de la humanidad no se ha limitado a periodos de estabilidad institucional. Las guerras y las invasiones han tenido otra lógica, la del saqueo. En eso reprodujeron los comportamientos de las hordas primitivas. A lo largo de la historia humana, el saqueo fue una constante; de tribus y pueblos pobres o semi nómades a sus vecinos más ricos y organizados, como en el caso de los mongoles a los chinos, de los germanos a los romanos y a sus súbditos y de los hunos a todos, eslavos, germanos o romanos, etc. O el de pueblos y estados más avanzados a sociedades más primitivas, como las ocupaciones romanas, la conquista de América y la captura de esclavos en África durante la Edad Moderna. Y también entre sociedades de más o menos igual desarrollo, como las correrías vikingas por Europa, la piratería inglesa en los océanos, etc., etc.

En muchos casos, el saqueo era el objetivo principal de la acción predatoria, mientras que en otros era necesario para el abastecimiento de los ejércitos en guerra. Esto último se mantuvo hasta principios del siglo XX, ya que la tecnología no podía como ahora organizar la logística de suministros. Como resultado, en la cultura militar se siguió viendo al saqueo como una consecuencia natural de la guerra y eso duró por muchos años, aun después de que ya no fuera necesario. En todos los otros casos, el saqueo en su expresión más pura no necesita de demasiada organización institucional, ni mucho menos de leyes, que incluso pueden llegar a ser un estorbo; apenas necesita de un jefe o caudillo exitoso que garantice rapidez y eficacia en la acción predatoria y cierto orden interno para el consiguiente reparto.

La conquista de la región del Río de la Plata, como la del resto de Hispanoamérica, fue en sus primeros pasos una violenta rapiña. Luego, en la época colonial se desarrollaron y prosperaron formas más sofisticadas de saqueo, fundamentalmente a través del uso del aparato estatal para el contrabando tolerado o la donación o venta a precio ínfimo de la tierra pública, cosa esta última que se prolongó durante el primer siglo de independencia

La misma naturaleza de la principal actividad productiva durante los siglos XVI y XVII, la caza del ganado cimarrón para obtener su cuero, era una actividad saqueadora administrada por el Estado que terminó con esa riqueza al cabo de un siglo y medio. Desde entonces y hasta el presente, el poder del Estado fue utilizado, en muchas ocasiones y con diversos métodos, como instrumento de saqueo del patrimonio público y a veces también del privado.

Una reciente manifestación de lo arraigada que está la cultura del saqueo fue la Resolución 125 con la que se trató que el Estado se apropiara de la casi totalidad de la renta producida por la agricultura. Lo que se intentaba, con el beneplácito de al menos la mitad de la población, era un saqueo que iba a terminar con la mayor fuente de nuestras exportaciones, matando la gallina de los huevos de oro de nuestra economía.

Lo que no es nuevo, pero se hizo evidente en tiempos recientes es el asalto al patrimonio público por mafias saqueadoras y un Estado saqueado además por un empleo ineficiente, y en ocasiones hasta innecesario, que ocupa el 20% de la fuerza laboral. El resultado, una actividad productiva asfixiada por una enorme carga impositiva. La pregunta que se impone es si este estado de cosas se corresponde con una cultura de trabajo y de eficiencia productiva o con la propia del saqueo. Como la respuesta es obvia, las preguntas que siguen son ¿cuando y como se generó esa cultura y porque perdura?

Mencionábamos la Conquista y la Colonia en las que abundó el saqueo, violento primero y cobijado por el poder estatal después, como se muestra en los capítulos 5 y 6. Mientras tanto, notemos que la indiferencia con que se lo vio entonces perduró en el tiempo porque inicialmente el saqueo, en cualquiera de sus formas, no afectaba demasiado en lo inmediato al conjunto de la población que vivía de todos modos con relativa facilidad. Cuando ya no fue así, la idea de la riqueza ilimitada mantuvo la indiferencia frente al saqueo de turno, alimentando la ilusión de que lo que se saqueaba era ajeno y en todo caso, inagotable. Por muchos años, robar al Estado no estuvo muy mal visto y no solo no se lo veía como algo delictivo, sino hasta como parte de la simpática viveza criolla.

Solo recientemente, la enorme magnitud del saqueo, junto con las simultáneas dificultades económicas, parece haber sacudido la anomia de una parte de la sociedad con respecto a este mal. Pero para no pecar de demasiado optimismo, convengamos que solo una parte de la población se escandaliza por la corrupción de las últimas décadas y aun ese grupo no parece muy dispuesto a exigir que no ocurra lo mismo con el gobierno de su preferencia. Se está poniendo

en evidencia que la tolerancia a la corrupción (léase al saqueo de los bienes públicos) no es atributo de una sola parcialidad política. Siempre hay alguna otra prioridad para perdonar la corrupción de los propios en aras de no incrementar las chances políticas de los rivales. Si esta tolerancia generalizada se mantiene a pesar de las numerosas denuncias y evidencias es por el telón de fondo que la permite, la imaginaria e ilusoria riqueza ilimitada.

Pero no se trata solo del saqueo de los poderosos. Cuando, como nos ha ocurrido con frecuencia, el país entero vive por encima de las posibilidades que brinda su producción despilfarrando sus recursos hasta agotarlos (léase las reservas del Banco Central, el crédito o los bienes públicos), crece la desconfianza, se espanta la inversión productiva y florece la especulación. En una palabra, la sociedad se está auto saqueando y saqueando su futuro. Si esto ocurre reiteradamente como nos ha pasado en las últimas décadas, algo en la psicología colectiva está impidiendo el aprendizaje.

Por otra parte, no existe una firme voluntad colectiva por ajustarnos a las normas que son necesarias en una sociedad productiva, esto es previsibilidad e instituciones que garanticen la inversión y la producción. Recordemos, el saqueo no necesita de leyes ni instituciones; al contrario, le pueden llegar a molestar¹³. Después de 200 años como país independiente, en la Argentina ha sido difícil desarrollar instituciones fuertes. Nos ha faltado por décadas una de las más básicas, la moneda nacional; la inflación ha forzado cambios de denominación y le hemos recortado en varias etapas trece ceros¹⁴. La inflación es en esencia una apropiación fundamentalmente saqueadora de la riqueza de los particulares, ricos o pobres, por parte del Estado. Si el fenómeno persiste por décadas, con aceleraciones que llevaron a hiperinflaciones y quiebras reiteradas de la economía y se repite sin aprendizaje social es porque predomina la creencia que se puede gastar más que lo que se produce. Cabe preguntarse otra vez si detrás de esta creencia no ha estado siempre la de que seguramente puede haber alguna salida mágica vinculada a nuestra proverbial fuente inagotable de riqueza.

Una última reflexión. ¿Qué respeto a la propiedad puede prosperar medianamente en un contexto de cultura generalizada de saqueo? ¿Cómo pueden asombrar las inmensas fortunas de argentinos radicadas fuera del país cuando la propiedad no está garantizada por la historia reciente? Así, mientras Argentina se debate en la necesidad crónica de inversiones productivas, es al mismo tiempo y al contrario, un continuo exportador de capitales.

¹³ Un solo ejemplo, por demás ilustrativo. A fines de 2001 el Congreso votó con entusiasmo y por amplia mayoría la ley que garantizaba que los depósitos bancarios en dólares no serían pesificados. Apenas unos pocos meses después, ese Congreso con casi los mismos miembros con el mismo renovado entusiasmo y por la misma abrumadora mayoría, aprobó su pesificación a valores confiscatorios, es decir el saqueo de esos depósitos.

¹⁴ Para graficar esta barbaridad, posiblemente única en el mundo, digamos que diez millones de millones de pesos de 1960 guardados sin interés, serían hoy... ¡un peso!

Resumiendo, la generalizada cultura del saqueo entre gobernantes y gobernados, pero sobre todo la extendida tolerancia que goza fundada en la presunción de que no afecta la *inagotable riqueza* del país, permitieron reiteradas y repetidas estafas a la Nación, con solo una pálida y nunca unánime reacción colectiva contra los culpables de turno.

Individuo y Estado

Entre nosotros predomina la creencia de que los argentinos somos individualistas. ¿Lo somos en realidad? Con harta frecuencia grandes sectores sociales adhieren con entusiasmo a proyectos políticos, y las grandes movilizaciones por determinadas reivindicaciones o protestas son bastante comunes. Este accionar colectivo, más allá de su mucha o poca eficacia, no parece ser propio de gente demasiado individualista¹⁵. Tampoco lo es la renovada solidaridad masiva ante los desastres naturales o económicos. Si somos tan individualistas ¿cómo es que nos destacamos en los deportes colectivos? Y no en el polo u otro deporte que sólo practican algunos pocos países, sino en el fútbol, el básquet, el rugby y últimamente hasta en el hockey.

En términos de valores, no está muy extendida la admiración por el éxito individual y, al contrario, se lo ve con cierto recelo. Al revés de la sociedad americana, entre *winers* o *losers*, la simpatía colectiva está siempre del lado de los perdedores¹⁶.

A nivel social abundan los derechos; hoy la Argentina es una nación bastante solidaria, aunque los recursos económicos disponibles y la desorganización predominante relativizan los beneficios que han sido establecidos con consenso general; Tenemos formalmente, y hasta cierto punto servicios gratuitos de salud¹⁷ y educación en todos los niveles, jubilación universal con o sin aportes previos, subsidio a la niñez y asistencia a los desocupados. ¿Por qué entonces está tan generalizada la visión sobre nuestro individualismo?

Lo que los argentinos somos es otra cosa que se confunde con individualismo. Somos altamente apegados a nuestra libertad individual y a veces hasta de una libertad por encima de los otros y

¹⁵ En la actualidad, la organización de las clases más humildes alcanza un nivel altísimo y muy poco frecuente en el resto del mundo. Hay una miríada de organizaciones de todo tipo que tienen una enorme capacidad de presión y movilización y que constituyen en la práctica una sólida barrera a los intentos de ajuste económico salvaje como los que se produjeron en otras épocas.

¹⁶ En esto se advierte la influencia del pensamiento católico que influyó por siglos en nuestra cultura; pero también se nutre de la sospecha, a veces justificada, que el éxito está asociado a alguna trampa.

¹⁷ No es muy conocido, como debiera serlo, que el sistema nacional de salud cubre casi todo el costo, y las obras sociales o prepagas el resto, de los medicamentos para los tratamientos oncológicos, del sida, de la esclerosis múltiple, de la diabetes y de otras afecciones crónicas o terminales. Muy pocos países, aun entre los más desarrollados, cuentan con estos servicios gratuitos para esos pacientes.

de las leyes. No por casualidad, las tendencias autoritarias que han aflorado de tanto en tanto en nuestra historia reciente no llegaron a arraigarse. Cada vez que se hicieron muy evidentes e invasoras de las libertades personales, la sociedad les dio la espalda y eso pasó con los gobiernos militares, que a veces tuvieron algún apoyo popular inicial, y aún con el primer gobierno peronista. Como se discute en el capítulo 6, no han sido ajenas a este celo por la libertad, las costumbres que se forjaron a lo largo de siglos en un inmenso territorio casi despoblado. Por ahora y a modo de resumen citamos a la historiadora Sáenz Quesada (1991) quien dice que la primera ley de la planicie fue la libertad.

La rebeldía y la altivez ante los poderosos son valores apreciados por las clases populares y tampoco deben confundirse con individualismo, cuando en realidad son solo manifestaciones de dignidad personal en el contexto de una acendrada cultura igualitaria. Estos valores se fueron conformando a través de varios siglos de hostilidad mutua con las clases gobernantes y con el poder estatal que estas detentaban, como se describe en los capítulos sobre el pasado nacional.

Entre el individuo y la sociedad, el argentino optaba por el primero y aun lo hace en muchos casos. Tan marcada era esta característica que llamó la atención de Darwin (1860) cuando nos visitó durante la primera mitad del siglo XIX. Se sorprendía de la extendida solidaridad que predominaba para con los delincuentes, incluso en la clase gobernante. La misma solidaridad aparece en el *Martin Fierro* en un episodio que sería disparatado en otras latitudes, pero que refleja certeramente este rasgo tan argentino. La partida policial comandada por el sargento Cruz ha rodeado a Fierro quien se defiende con bravura. Cruz no soporta ver a un valiente luchar en desventaja contra las fuerzas del orden y solidario con el hombre en contra del Estado, sorprendentemente se pasa de bando abandonando a su tropa y luchando al lado de Martin Fierro.

Esta mentalidad que sitúa al individuo por encima de la sociedad tiene varias consecuencias, algunas negativas. La simpatía con el interés particular en detrimento del colectivo ha facilitado la tolerancia al saqueo, a la corrupción y a la intención de sucesivos gobernantes de situarse por encima de la ley. Y es también muy perjudicial en otros órdenes de la vida, incluyendo la educación y el trabajo, al favorecer la indisciplina y aislar y boicotear a la autoridad natural. Valores que se explican en el ambiente del hampa, como la estigmatización de la colaboración con la autoridad, están muy extendidos en nuestra sociedad y no solo en las clases más humildes. Por ejemplo, las denuncias a favor del interés general suelen ser estigmatizadas como *buchonas*. Las letras de tango y, más recientemente, de otros géneros populares abundan en ejemplos de este tipo de actitud.¹⁸

¹⁸ En el tango *Sangre Maleva* de Juan Velich y Pedro Platas, el protagonista es un guapo de verdad *sin dobleces ni agachadas* que encuentra su final por heridas de bala y ya agonizando le dice a los policías que no va decir quién fue el que lo

En las clases populares y hasta en parte de la clase media intelectualizada predomina una generalizada animadversión hacia la policía. Ante cualquier enfrentamiento con delincuentes o manifestantes con consecuencias dolorosas se arma de inmediato un coro acusatorio, con o sin razón, del comportamiento policial. En algunos casos, esto termina con la victimización de los delincuentes. Este furor anti policial no se detiene en razonamientos lógicos; en algunas ocasiones se reclama más protección contra el delito mientras se hostiga sin fundamento a la policía.

La hostilidad hacia el poder en general y hacia el Estado en particular, conlleva la desconfianza hacia la organización social impersonal y las instituciones que la deben sostener. La organización resulta sospechosa y en su lugar, la vinculación con el poder a través de un individuo se hace más confiable y menos abstracta, pero también más primitiva. De ahí surge el apego a los caudillos que se ha prolongado por siglos y que ha exacerbado el presidencialismo extremo¹⁹. Justamente nuestros demagogos, para imponer sus falacias discursivas, hábilmente se presentan como el anti poder aun cuando en realidad el poder les rebosa por los cuatro costados

Otra derivación de la hostilidad hacia el poder y sus élites y todo lo que de ellos proviene es el descreimiento hacia sus mensajes. En una palabra, el argentino no es un pueblo fácil de influir. Esta actitud meramente defensiva no siempre fue acompañada por una suficiente afirmación de opuestos valores propios. De esto ha resultado una sociedad con cierto relativismo moral, indiferente con respecto a los valores necesarios para el progreso colectivo o en el mejor de los casos, flexible a la consideración de diversas opiniones. Esto fue seguramente intensificado con la oleada inmigratoria que trajo convicciones diversas, aunque ciertamente firmes. El choque cultural con los inmigrantes resultó por una parte en un nuevo incentivo para el relativismo moral y generalizado escepticismo, y por otra, en una actitud de superioridad y hasta desprecio por la poca flexibilidad e ingenua credulidad de los extranjeros, tema que abundó en el teatro costumbrista de comienzos del siglo XX. Finalmente, en esto como en tantos otros aspectos culturales, los inmigrantes y más claramente sus descendientes se adaptaron rápidamente a las ventajosas y cómodas convicciones que imperaban localmente.

Este relativismo moral es una fuente de debilidad social, especialmente cuando el mundo se halla jaqueado por el tráfico mafioso de drogas, pero por otra parte es un antídoto para los fanatismos y las divisiones facciosas. La sociedad argentina tiene en su tolerancia hacia las opiniones más diversas un activo envidiable

hirió porque, ¡aquí la frase célebre incorporada al idioma popular!, el *hombre para ser hombre no debe ser batidor*.

¹⁹ La descomposición de los partidos políticos tradicionales iniciada a partir de la profunda crisis del año 2002 ha reconfigurado el escenario político alrededor de figuras individuales y desleído la ya escasa fortaleza que tenían los partidos políticos.

en el mundo moderno y, excepto por pocos fanáticos aislados, no hace demasiadas distinciones de origen, raza o religión. Esta flexibilidad esta además facilitando la adaptación a las nuevas ideas del mundo moderno como ya ha sucedido, por ejemplo, en materia sexual.

La inobservancia de la ley

La lógica del saqueo y de su tolerancia hace innecesaria y a veces hasta impopular a la Ley y concurrentemente con la hostilidad hacia el poder lleva naturalmente a desconocerla lo más posible.

No es novedoso mencionar la falta de apego a la Ley por parte de los gobernantes argentinos y no es algo que preocupe demasiado a la sociedad. En definitiva, cuando lo que cuenta es el reparto inmediato y la ley molesta, se la cambia o simplemente se la ignora. Pero la falta de respeto a las leyes es una característica cultural que trasciende a los gobernantes quienes finalmente no son paracaidistas marcianos sino que, cualquiera sea su parcialidad, han salido de nuestra sociedad. Para bien o para mal, el nuestro es un país donde cada uno hace casi lo que le da la gana y hasta me atrevo a creer que muy probablemente ese fue uno de los mayores atractivos que encontraron y encuentran todavía los inmigrantes.

Algunos ejemplos cotidianos. El voto es obligatorio, pero resulta que normalmente solo vota entre el 60 y el 80% ¿Qué le sucede al resto? Nada. Ciertamente que esa obligatoriedad es vista por muchos como absurda. Estamos repletos de leyes, disposiciones y reglamentos que son reputados como injustos o impracticables y por eso se los ignora²⁰. Si, la palabra correcta es esa, ni se cumplen ni se los combate, simplemente se los ignora al mejor estilo de nuestros gobernantes de la Colonia que, ante las órdenes del rey que no les convenían, aplicaban el famoso *obedezco pero no cumpla*²¹.

Pero tampoco muchas de las normas más sensatas y lógicas de convivencia y aceptadas en todo el mundo no dejan de ser violadas frecuentemente. El caso más evidente es el apoderamiento del espacio público, sea por manteros, por trapitos que imponen una contribución extorsiva para permitir el estacionamiento seguro o por manifestantes que cortan las rutas o las calles como forma de protesta. De cada una de estas conductas se ha dicho y escrito enormemente por lo que no es necesario agregar mucho más. Solo resaltar que si han aflorado en los últimos años, no fue por casualidad sino que surgieron en el contexto de una cultura de inobservancia pertinaz de la ley que viene desde el fondo de nuestra historia como veremos en los capítulos que siguen. Por otra parte, es ilustrativo señalar que muchos de los que se quejan de estas

²⁰ Hasta no hace mucho, el adulterio era legalmente un delito, aunque nadie era penado por eso.

²¹ *Obedezco pero no cumpla* como estrategia extendida entre las autoridades americanas de la Colonia respecto de las ordenes reales es comentada en el capítulo 5

usurpaciones del espacio público, cuando les conviene, estacionan sus vehículos en doble o triple fila obstruyendo la libre circulación u ocupan veredas y calles con actividades comerciales más allá de lo autorizado. Al parecer, la tendencia a apropiarse del espacio público está más extendida de lo que se cree.

La indiferencia, o peor, la aprobación social de la inobservancia de la ley por quienes no son directamente afectados es un caldo de cultivo ideal para la proliferación de mafias en diversos sectores de la vida nacional. Antes que el narcotráfico explotara peligrosamente esta debilidad, ya la actividad policial y judicial se veía comprometida por el accionar mafioso, del que tampoco estuvo exenta la actividad política, empresaria o sindical. La complicidad a veces y otras la indiferencia o cobardía por parte del poder político y la tolerancia de la población, permitió que en las últimas décadas se propagaran las mafias saqueadoras en el fútbol y en la organización de la usurpación del espacio público. En este último caso, la cara visible son trapitos o manteros urgidos por la necesidad, pero todo indica que se encuentran organizados por mafias que cuentan con la tolerancia o la complicidad de las instituciones oficiales.

De más estaría abundar sobre la obvia relación que existe entre la falta de respeto a la ley y la corrupción, sobre la que solo recientemente se ha empezado a generalizar cierta condena social. Pero sin llegar a la corrupción personal, los gobiernos por sus intereses políticos han pasado permanentemente por sobre la constitución y las leyes. Es probable que como señalan los historiadores revisionistas, la constitución de 1853 haya sido un instrumento que no surgió de las entrañas de la sociedad, sino que fue un producto artificial, imitación y en muchos aspectos, copia de la del Estado de California. Pero en todo caso, fue impuesta por una parcialidad poderosa, cuyos integrantes y continuadores en el tiempo no fueron menos activos en su violación. Y esto sigue hasta nuestros días, a pesar de que no quedan excusas para no respetarla ya que en 1994 se votó su reforma con un alto consenso político.

La república democrática se basa en la sujeción de todos al imperio de la ley, sobre la cual nadie debe encumbrarse por ningún motivo. A principios del siglo XIX, el genial viajero francés, Alexis de Tocqueville, entre otras predicciones acertadas, auguró un futuro de enorme grandeza para los Estados Unidos debido al extremo respeto a la ley que observaba en esa nación (Tocqueville 2000). En nuestro caso, a pesar de la predominancia de valores esenciales para el sistema democrático republicano como son el apego mayoritario a la libertad y a la igualdad, las instituciones republicanas han sido frecuentemente eclipsadas y son todavía frágiles. Por una parte predomina el espíritu de la democracia y por otro la semilla de su destrucción por la falta de sujeción a la ley.

Cuando no se respetan las leyes es porque no interesan demasiado²². Por eso se ha instalado la despreocupación por la legislación o la aplicación injusta de leyes por quienes están a cargo de su administración. Esto no debe sorprender en una sociedad permeada por la cultura del saqueo que como vimos lo que menos necesita es de leyes; siempre alguna estará estorbando el saqueo de algún grupo. Así hemos llegado a tolerar por años una administración de justicia que protege a los malhechores y se desinteresa por sus víctimas. En este caso, el grupo saqueador lo integran no tan solo los delincuentes sino también la corporación de abogados defensores que con la ayuda de parte de la justicia criminal han ido estableciendo jurisprudencia permisiva en la interpretación del código procesal penal. Para decirlo claramente, un delincuente con penas reducidas, salidas transitorias y liberaciones adelantadas es una PYME muy productiva, capaz de pagar jugosos honorarios y sobornos. Nada de eso pueden hacer sus víctimas. Mientras tanto, aunque desde hace más de 10 años se suceden patéticas manifestaciones pidiendo que se identifiquen culpables o en contra de resoluciones judiciales descabelladas que adelantan la salida de asesinos y violadores reincidentes²³, hasta ahora estas movilizaciones no han logrado cambiar este estado de injusticia.

La despreocupación por los bienes públicos

Los argentinos privilegian sus ingresos personales muy por encima de los bienes y servicios colectivos. Y aunque en esto no son muy distintos de otros ciudadanos del mundo, lo distintivo es lo agudizado de esta preferencia. En este aspecto, debemos conceder que los argentinos somos extremadamente individualistas. Por eso no es casual que se pospongan las soluciones de largo plazo como la recuperación de la calidad de la educación pública o el desarrollo de la infraestructura vial y energética, bienes colectivos que finalmente serían de los más valiosos para la vida de cada uno. Una asignación de recursos hacia mejoras colectivas, casi siempre de largo plazo y en detrimento de los ingresos personales del presente, es algo políticamente inconveniente y casi siempre insostenible.

Esto tiene cierta lógica porque el Estado argentino ha sido un formidable dilapidador de recursos con notoria corrupción e

²²La inoperancia de la justicia es funcional a la inobservancia generalizada de la ley y eso viene de lejos. Ya decía el periodista italiano Genaro Beviere (1961) en 1910: *La Argentina es el país.... donde la injusticia y la inseguridad reinan en su mayor alcance...los jueces argentinos gozan de escasa fama, la justicia es lentísima.*

²³ ¿Se quiere algo más injusto y ridículo que la ley del dos por uno? que finalmente fue derogada Según esa norma, el tiempo en prisión preventiva antes de la condena se computaba doble. Así, si alguien estuvo preso y era declarado inocente en el juicio, la ley no le daba ningún beneficio. Pero si era culpable y condenado, entonces veía reducida su condena en tantos años como los que pasó en prisión preventiva. Esta ley absurda que se aprobó con la excusa de aliviar la superpoblación carcelaria fue votada casi por unanimidad con la sola oposición de dos diputados.

ineficiencia. Se oye decir algo exageradamente pero con frecuencia que tenemos impuestos escandinavos y servicios estatales de los países africanos más pobres. Si bien esta profunda desconfianza sobre lo público está justificada por los hechos, también se funda en valores culturales muy establecidos. Como veremos, no se trata de algo novedoso; la escasa atención a los bienes públicos y la desconfianza hacia el Estado vienen desde los tiempos de la Colonia.

La mayoría de la población es muy renuente a pagar por los servicios públicos, los que consecuentemente por la escasez de recursos no suelen estar a la altura de la demanda social. Por lo exagerado que fue en los últimos tiempos, se olvida que esto viene de lejos. Un paliativo engañoso utilizado, no solo recientemente, ha sido subsidiar estos servicios. Hoy esto se hace en forma explícita, pero anteriormente, cuando las empresas proveedoras de estos servicios eran estatales, las tarifas eran políticas a costa de un déficit que por supuesto asumía el erario público. Otra vez: ¿no estará detrás de esta actitud, el pensamiento mágico de esa riqueza ilimitada que se debería hacer cargo de lo que no nos gusta pagar?

Entre los bienes públicos descuidados sistemáticamente están nada menos que la seguridad y la educación. De la educación y sus problemas, por su importancia, nos ocupamos más extensamente en el capítulo 10. En el caso de la seguridad, los salarios de las fuerzas del orden han sido y son tan bajos como los del resto de los trabajadores. La solución implícita que se implementó por muchos años desde el poder político fue permitir la proliferación de cajas policiales mediante la tolerancia de actividades prohibidas como el juego, la prostitución y otros rubros pasibles de extorsiones policiales. Además de no llegar a la mayoría de la tropa que es la más perjudicada salarialmente, y solo enriquecer a unos pocos, esta corrupción se ha tornado peligrosísima en el actual contexto de penetración del crimen organizado alrededor del tráfico de drogas.

La escasa valoración del trabajo y la viveza criolla

A lo largo de su historia y todavía hoy, nuestra sociedad ha tenido y tiene un comportamiento colectivo que refleja una escasa valoración del esfuerzo y el trabajo como componentes esenciales del progreso social y económico de la nación. Peor aún, por años el trabajo manual fue visto como un estigma que humillaba al que lo realizaba. Esto no implica que hoy la mayoría de los argentinos no se esfuercen y trabajen con una dedicación y responsabilidad comparable a la de los ciudadanos de otros países que hoy son exitosos social y económicamente²⁴. Pero también es cierto que al mismo tiempo hay una importante fracción de la población que, amparada y condicionada por cierta complacencia colectiva e institucional, prefiere subsistir modestamente, pero sin gran

²⁴ Los argentinos que emigran son generalmente reconocidos por su gran capacidad de trabajo y por ello son casi siempre exitosos económicamente.

esfuerzo, sea en empleos públicos improductivos o en estado crónico de desempleo subsidiado.

Pero lo más grave no es la fracción numérica de quienes no tienen una actitud laboriosa, sino que en la valoración y en la práctica social nuestra sociedad en su conjunto otorga escasa importancia a la actividad productiva, sea esta material o intelectual. Todavía peor, esto está muy arraigada en la dinámica del poder y mas allá de las declamaciones, sinceras o no, de la dirigencia respecto del desarrollo y la promoción de la producción, la casi totalidad de sus esfuerzos se enrolan en la lucha distributiva de la riqueza en una u otra dirección. Esta característica desnuda una enorme inmadurez como sociedad y la remite en ciertos aspectos a las formas más antiguas de nuestra organización social que estuvo muy influenciada por la actividad saqueadora.²⁵

No cuesta mucho encontrar el origen del estigma hacia el trabajo; llegó con los conquistadores y los colonizadores españoles que les siguieron. En la España de la época de la Conquista y de la Colonia, el trabajo manual era considerado social y hasta legalmente infamante para quien lo ejercía. Durante la Conquista no era admisible que los miembros de la clase dirigente tuvieran otra ocupación que la milicia y la apropiación violenta de la tierra. La abundancia del ganado y la casi gratuidad de la comida facilitaron la extensión del desprecio y abstinencia del trabajo a todas las clases sociales. Solo estaban obligados a trabajar los esclavos, primero indios encomendados y luego negros, que eran imprescindibles para que el resto de la población se mantuviera mayormente en la ociosidad. En todo caso, la población rural solo aceptaba como dignos los trabajos a caballo, lanza y cuchillo, vinculados a la ganadería, que más que trabajo eran casi una ocupación deportiva²⁶.

Hasta casi bien entrado el siglo XIX esto no cambió mucho y el lugar de los esclavos fue desde entonces ocupado paulatinamente por los emigrantes europeos y también por algunos criollos; estos últimos particularmente en las provincias del norte donde fueron ocupados obligatoriamente en los obrajes, ingenios, y grandes plantaciones de yerba y caña de azúcar.

Pero no solo era cuestión de holgazanería; hasta no hace mucho, el trabajo manual manchaba con vergüenza al que lo ejercía²⁷. Ni

²⁵ No por casualidad, la inversión en Argentina estuvo por décadas debajo del 20% del PBI, y muchas veces cercana al 15% que es apenas el límite de restauración del capital obsoleto.

²⁶ Es lo que se desprende de las crónicas de viajeros y de la vívida descripción de la vida rural que hace Sarmiento en el Facundo.

²⁷ En mi juventud, décadas del 50 y 60, pude ser testigo de muchas situaciones que reflejaban esta conducta patológica. Para no aburrir, relato sólo dos. Una parienta mía sufría horrores cada vez que se quedaba sin muchacha; no era por el trabajo en la casa, sino porque debía barrer la vereda y hacer los mandados ¡a ver si pensaban que era tan pobre que debía hacer los trabajos domésticos! Otra: mientras cursaba el secundario en un colegio nocturno, durante el día trabajaba de pintor; un compañero que era oficinista en el ferrocarril me decía que como era eso ¿que porque era obrero si podía ser empleado? Había un motivo sencillo, en ese tiempo yo ganaba el doble como pintor que él como empleado.

siquiera la laboriosa inmigración europea pudo cambiar esta estigmatización; en esto como en tantos otros aspectos, la educación común y el peso del ambiente nativo acriollaron a los hijos de los emigrantes. El cambio solo empezó con la transformación productiva y la industrialización que se intensificó desde la década de 1930. La autovaloración, siempre presente en las clases populares argentinas, revirtió el paradigma; una vez convertidos en trabajadores, comenzaron a hacer de esa condición un motivo de orgullo. El peronismo, surgido de esta transformación económica y cultural supo recoger entre sus banderas la dignidad del trabajo. Con la distancia que otorga la historia, quizás se le reconozca esta virtud como una de sus mayores contribuciones al progreso social. Pero hasta ahora esta valoración ha sido y todavía es más discursiva desde lo político que universalmente compartida.

Respecto de la proverbial así llamada viveza criolla; interesa señalar aquí que está íntimamente vinculada con el desprecio al trabajo como lo ilustra el refrán: *el vivo vive del zonzo y el zonzo de su trabajo*²⁸. La tolerancia y más que eso, la admiración por esta característica antisocial e improductiva ha sido moneda corriente en el pasado. No abundamos mucho sobre ella por dos motivos, está magistral y exhaustivamente descrita en el libro de Marcos Aguinis, *el atroz encanto de ser argentino*²⁹ y porque es un aspecto de nuestra cultura que afortunadamente está en claro retroceso. La viveza criolla hoy recoge más rechazo que admiración.

Sin embargo, lo que sigue perdurando es el temor de ser considerado lo contrario a vivo, es decir ingenuo, o más crudamente *gil*, cosa que ya estaba instalada hacia 1930. En el tango *Chorra* de ese sociólogo intuitivo que fue Enrique Santos Discépolo, al protagonista estafado lo que más bronca le da es *haber sido tan gil*. O este otro tango de Eduardo Tronzo, *Seguí mi Consejo* escrito en 1929, trasuntando la actitud popular hacia el trabajo: *No vayas al puerto.../ ¡te puede tentar!.../ hay mucho laburo,/ te rompés el lomo,/ y no es de hombre pierna/ ... ir a trabajar*. Finalmente un vocablo revelador, en lunfardo se denomina *bobo* tanto al corazón como al reloj; es porque trabajan sin parar.

El temor de ser visto como poco vivo se manifiesta en el habla coloquial entre amigos que suele tener un dejo de suficiencia. Lamentablemente, ese tono también se escucha crecientemente en los medios de difusión, pero vale aclarar en homenaje a nuestras mujeres que está más extendido entre los varones. La afectada suficiencia, digamos el tono canchero, es el aviso de que en cada caso se sabe de lo que se trata porque no se es ingenuo. La suficiencia en el tono y contenido del lenguaje luce como

²⁸ Aunque el refrán no es exclusivo de Argentina y tiene equivalentes en otros países de habla española, es aquí donde es más popular.

²⁹ El interés por el *vivo* se refleja en los numerosos vocablos del lenguaje popular acuñados para caracterizar algunos de sus tipos como lo señala Aguinis quien hace un listado de palabras tangueras: canchero, piola, rompedor, rana, madrugador, púa, pierna. Digamos nosotros que, hilando más fino, algunos de estos términos no son tanto sinónimos de *vivo* como antónimos de *gil*.

arrogancia, cuando solo esconde cierta inseguridad. El mismo temor de parecer ingenuo hace que se suelen aceptar fácilmente explicaciones peregrinas, generalmente conspirativas, sobre los más diversos temas, cosa que en las cuestiones públicas se potencia por la desconfianza ante todo lo relacionado con el poder.

La falta de una cultura del esfuerzo, se trata de compensar mediante la improvisación, lo que con la sofisticación creciente de la vida moderna paga cada vez menos. Aun hoy creemos en la supuesta excepcional habilidad de los argentinos que pueden arreglar con ingenio cualquier cosa atando unos alambrecitos. Lo mismo ocurre con la suficiencia que aparenta el conocimiento que no ha sido fruto del estudio. El poco apego al esfuerzo del trabajo intelectual y la improvisación son también moneda corriente entre la *militancia* política de cualquier signo. Es sorprendente que muchos de los que se interesan por el destino del país desconozcan totalmente su historia y las circunstancias del mundo que lo rodea³⁰.

Para resumir, la actitud colectiva escasamente comprometida con el trabajo y el esfuerzo productivo ha sido y es desfavorable para el desarrollo nacional; fue un factor limitante para la industrialización y lo es ahora para la innovación tecnológica que es una de las claves del progreso en el mundo moderno. Por lo tanto es un determinante del lugar que Argentina ocupó y ocupa en la economía mundial desde el comienzo de su historia, básicamente como proveedora de materias primas.

Militarismo

Parecería infundado decir que nuestra sociedad conserva rasgos militaristas cuando sus fuerzas armadas vienen de un gran desprestigio social porque en un pasado no muy lejano y con la suma del poder perdieron una guerra absurda que ellas mismas iniciaron, violaron los derechos humanos y multiplicaron la deuda externa generando un problema económico que se arrastró por décadas. Sin embargo, el militarismo del que se habla aquí no es el de la admiración a las actuales o recientes fuerzas armadas, sino que se trata de una actitud muy extendida que adhiere al enfrentamiento violento o por lo menos hostil cuando se trata de cuestiones públicas.

³⁰ Aguinis relata una anécdota de la visita de Jacinto Benavente en la década de 1920. Estando en Argentina, le fue otorgado el premio Nobel de Literatura por lo que se convirtió en una noticia atractiva para la prensa. Con el espíritu provinciano que todavía nos caracteriza, en las entrevistas se le preguntaba insistentemente su opinión sobre los argentinos. Se mantuvo mudo en este aspecto hasta que al abordar el barco que lo llevaba de vuelta dejó una pista intrigante: *argentino se define con otra palabra que tiene exactamente las mismas letras*. Terrible: la palabra es *ignorante*. Desde entonces, quizás hayamos mejorado algo como parece indicar la encuesta Ipsos MORI publicada en 2016 que ya hemos mencionado.

Aunque los cultores del *militarismo sin saberlo* suelen cultivar una retórica épica e intransigente, por fortuna están lejos, al menos hoy, de tener un real compromiso guerrero. No fue así en el pasado. Nuestra historia ha sido pródiga en hechos de violencia política que solo se explican por una subyacente concepción militar de cómo resolver las diferencias. Apenas nacida como nación independiente, la Argentina fue desgarrada por 70 años de guerra civil entre unitarios y federales y por los herederos ideológicos de estos bandos. Luego siguieron, casi sin periodos intermedios de convivencia, enfrentamientos nada amables entre conservadores y radicales, peronistas y anti peronistas y finalmente kirchneristas y anti kirchneristas.

Se podrá argüir que los enfrentamientos políticos, aun los más virulentos no son necesariamente una expresión de militarismo. Por eso buceamos en otro tipo de inferencias, como por ejemplo, en las manifestaciones sociales reivindicativas en las que suele predominar un cariz prepotente. Aunque se sepa de antemano que son de naturaleza pacífica, no por eso dejan de tener un tono intimidatorio con bombos y sobretodo redoblantes con ritmo de batalla; y para acompañar el clima de agresividad amenazante por si quedara alguna duda, explosiones y pirotecnia a discreción. Para no agregar mucho más, sólo evocamos a los manifestantes embozados y armados con grandes palos. Y volviendo al bombo, fue inicialmente un símbolo peronista, pero hoy no hay casi parcialidad que no lo utilice; es decir, lo militar paga. Y si escuchamos bien, percibiríamos que los bombos suenan con estridencia militar en los mismos corsos de Carnaval.

También, la elección de las palabras que utilizan los distintos sectores políticos desnuda el pensamiento militarista subyacente. Por muchos años, el movimiento mayoritario dentro del radicalismo se autodenominó *intransigente*, y así también se llamó un partido escindido del tronco radical que fue muy importante en su momento. Esta curiosa auto denominación siempre llamó la atención de los observadores extranjeros ya que normalmente y más en política la intransigencia no es vista como un valor positivo. Puede haber explicaciones históricas de cómo surgió este nombre, pero el hecho mismo que haya sido aceptado y contado con la adhesión de millones de partidarios indica que la intransigencia no era ciertamente impopular.

En el caso de casi todas las fuerzas políticas y del sindicalismo se usa con frecuencia la palabra *militar* para indicar la acción de trabajar políticamente y *militancia* a esta actitud, e igualmente al colectivo que la realiza. Otra vez, es casi imposible desconocer que en el uso de estas palabras subyace la idea de que el accionar político es un acto de naturaleza combativa y no alejada de lo militar. A la *militancia*, en la izquierda y en el peronismo se la menciona también como *lucha*, lo que refuerza la idea de confrontación.

La izquierda va más allá en su lenguaje militarista. A tono con su épica internacional, se autodefine como *vanguardia* dentro de un

contexto dado por, otra vez, la *lucha* de clases. En esto no es muy diferente de toda la izquierda latinoamericana que se refiere frecuentemente a sus prohombres sin dejar de resaltar con fruición su estatus militar. Así tenemos al *comandante* Fidel Castro, al *comandante* Che Guevara, al *comandante* Chávez, al *comandante* Etcétera. No es achacable a la izquierda, sino a la cultura latinoamericana aficionada a lo militar, nadie hablo jamás de los comandantes Lenin, Trotsky o Mao.

Ni que hablar de los grupos guerrilleros setentístas. Eran, desde luego organizaciones armadas, pero no hicieron nada por disimular su naturaleza militar porque seguramente intuían que ello les acarrearía prestigio popular. En consecuencia, el ERP es la sigla del pomposo nombre de Ejército Revolucionario del Pueblo, las FAR, la de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y los Montoneros, que se organizaron hasta con grados militares, eligieron su nombre para mimetizarse en la historia con las milicias de los caudillos federales. En todos los casos, exaltaron sin disimulo su épica militarista.

Del partido militar que tuvo un rol decisivo en el rumbo de la sociedad argentina entre 1955 y 1983 no se podía esperar otra cosa que militarismo. Pero su espíritu de casta confrontativo exacerbó su conducta hasta considerar como natural extremos horribles que habrían sido en realidad innecesarios como los bombardeos a civiles, los fusilamientos de camaradas y finalmente las masivas desapariciones forzosas y consiguientes ejecuciones.

La concepción militarista de la política que abunda en el pensamiento colectivo facilita el éxito de los líderes que construyen poder a partir de la confrontación. Es una táctica tan vieja como la historia de la humanidad y hasta muchas veces las guerras fueron motivadas por la necesidad política de uniformar el frente interno con la supuesta amenaza del peligro exterior y así suprimir la disidencia y la crítica. Definirse a partir de la elección del enemigo es una técnica muy antigua que se conocía mucho antes que Laclau la recetara a los Kirchner. Si esta técnica anduvo tan bien, cuando estos últimos eligieron sucesivamente a sus enemigos entre sus diversos adversarios, fue porque el pensamiento militarista de amplios sectores sociales era ya un terreno fértil para sembrar el antagonismo. Esta técnica de manipulación de las masas se sigue intentando ahora desde Cambiemos al confrontar con Cristina.

Como si se tratara de una guerra, en muchas ocasiones la sociedad dividida entra en un estado de paranoia y ve en el discurso y accionar de los adversarios fantasmas que no se sustentan en una observación objetiva. Por ejemplo, en los últimos años se movilizaron multitudes de uno y otro bando en defensa de una democracia que por fortuna nadie quiere o puede comprometer. Pero ese estado de enfrentamiento paranoico inducido por la conveniencia circunstancial de algunos líderes no perdona a quienes no participan de la locura colectiva. Como señala Tenenbaum en el Cronista (2017), los paranoicos empiezan odiando a los que creen que los persiguen y después a los que dudan de esa persecución. En ese ambiente enrarecido el debate de ideas y políticas pasa a

segundo plano y, como dice Tenenbaum en el artículo citado, a los presidentes les conviene que la sociedad debata sobre fantasmas de peligros hipotéticos en vez de hacerlo sobre cómo están gobernando, sobre todo cuando los resultados no son buenos.

Con una sociedad proclive a ver la política desde el enfrentamiento, el líder que agita los fantasmas enemigos recoge un gran beneficio por la manipulación de sus partidarios, ya que en el contexto de una confrontación interna aguda se ignoran, tanto como sea necesario, las leyes y las instituciones que puedan estorbar, porque en la guerra vale todo. Y como es bien sabido, siendo la verdad la primera víctima de la guerra, no espanta la mentira. Tampoco al enemigo se le debe justicia y, al contrario, a los propios les está permitido todo, incluso la ineficiencia y hasta muy convenientemente, la corrupción. Y todavía más, el que tenga el carnet de héroe de la facción, está investido con un manto sagrado de impunidad que lo pone por encima de las leyes³¹. ¿No es este una característica de tipo feudal? ¿Y acaso el poder feudal no nacía de la conquista militar?

Un componente nada despreciable de la fácil adhesión que logran las propuestas políticas confrontativas es el sentido de pertenencia a un bando que el espíritu militarista fomenta. En un país sin reales conflictos con otras naciones y sin divisiones raciales o religiosas irreconciliables, la vida cotidiana no presenta muchas opciones de fuerte pertenencia, a menos que esta se encuentre en el deporte o en la épica política o más raramente en alguna secta.

A la confrontación entre kirchnerismo y anti kirchnerismo, últimamente cada vez más circunscripto al macrismo, se la llamó la *grieta*. Por fortuna, la grieta solo se manifiesta en una minoría de la población y sobretudo en algunos sectores donde priman intereses profesionales. La gran mayoría no participa de la *grieta*, la que no altera la vida cotidiana; nuestro pueblo es demasiado escéptico para ser fanático. A lo sumo, desde una u otra parcialidad solo se adhiere a los fundamentos conceptuales o emocionales con tinte militarista, pero sin un real encono personal hacia quienes tienen otras opiniones.

Una vez presentado el carácter militarista de al menos una parte de la sociedad, cabe preguntarse de donde proviene. La condición de frontera con el Indio y la persistente guerra civil que siguió a la Independencia perpetuaron la cultura militarista iniciada con la Conquista y continuada durante la Colonia. Esta cultura se consolidó luego con la enseñanza de la historia que se imparte desde los primeros años de la infancia hasta los últimos de la escuela secundaria. Los héroes máximos son militares, San Martín y Belgrano, aunque este último no lo haya sido originariamente por formación profesional. Lo que se enseñó por más de un siglo es,

³¹ Cuando el Jefe de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires fue acusado y finalmente destituido por el escándalo de la tragedia de Cromagnón, la izquierda mayoritariamente lo defendió. Pesaba mucho su condición de intocable por haber sido fiscal adjunto en el juicio que durante el gobierno de Alfonsín condenó a las juntas de Comandantes en Jefe.

más que historia, una historiografía plagada de batallas y de héroes militares. Esta visión fue inspirada en gran medida en los trabajos de Mitre y surgió de la necesidad de ensalzar la opción histórica violenta impuesta a los caudillos federales y a las provincias del interior³². De allí su visión militarista, que fue fuertemente criticada por Alberdi, quien más de una vez se inclinó por elogiar al trabajo más que a la guerra. Además, desde 1930 en adelante, el protagonismo político de las fuerzas armadas contribuyó a mantener y profundizar la enseñanza de la historia argentina como el de un teatro de hazañas militares.

Aunque en las últimas décadas la prédica de los historiadores revisionistas ha ido morigerando lentamente el perfil mitrista de la enseñanza de la historia, no lo ha hecho para nada en el sentido advocated por Alberdi. Por el contrario, en general se le ha agregado a la exaltación de los militares "oficiales", la de los caudillos federales, también militares.

El resultado de más de un siglo de adoctrinamiento colectivo no pudo haber pasado sin dejar alguna huella. La exaltación del espíritu confrontativo ha terminado por ser parte de nuestra cultura política. Más aún cuando la sociedad conserva todavía muchas de las características propias del saqueo, entre ellas la percepción de que la vida pública está conformada por un molde donde unos deben ganar a costa de otros y no es muy generalizado el pensamiento de que se puede construir consensos y progresar en conjunto. En definitiva, independientemente de las causas, como dice Martín Kohan (2014), la historia contada como una sucesión de batallas y de heroicos militares refleja la forma como nos entendemos.

Tristeza y pesimismo

El argentino no parece ser un pueblo ni alegre ni optimista. Aunque ha sido extremadamente fértil en generar estilos y ritmos musicales, solo podemos encontrar en ellos y en sus versos tristeza, evocación, rencor, resentimiento, rabia, protesta social, pesimismo, amargura, amor y coraje, pero raramente alegría. Las excepciones son los ritmos que compartimos con los vecinos, la cueca con Chile, el chamamé con Paraguay y el carnavalito con Bolivia; pero en los ritmos camperos que solo nos son propios, sea la vidala, la zamba, la chacarera o la milonga hay de todo menos alegría. Y qué no decir del tango en el que además de todo lo enumerado podemos encontrar a veces suficiencia y otras narcisismo, pero nunca pura alegría.

A este rasgo del carácter colectivo argentino se lo ha vinculado con las huellas psicológicas que deja la emigración. El emigrante, aunque valore las ventajas de su nuevo ambiente, siempre sufre

³² Sarmiento y mucho más Mitre presumían de militares. Siendo presidente, Mitre delegó el cargo en su vice por tres años para dirigir personalmente las tropas en la guerra del Paraguay y solo reasumió la presidencia cuando falleció el vicepresidente

alguna añoranza por su lugar de origen. Sin embargo, hay sociedades que han recibido un comparable aluvión migratorio y sin embargo trasuntan alegría y despreocupación.

Otros pueblos, que incluso se debaten en medio de dificultades económicas y extendida pobreza, no exhiben según numerosas encuestas mayor infelicidad personal que los de los países más ricos (Tetaz 2016). Ciertamente que muchos de estos pueblos viven en climas tropicales que se dice que favorecen el optimismo, pero no es el caso de Estados Unidos, que a pesar de no ser un país tropical y haber recibido una gran inmigración, tiene una población de lo más optimista.

Otra explicación, muy extendida en la literatura, le asigna responsabilidad a la inmensidad de la llanura, que imbuye cierta impotencia y fatalismo (Martínez Estrada 2007). Sea un poco de cada cosa, digamos que la alegría también tiene mucho que ver con el logro³³ de objetivos. Por ejemplo, en todo el mundo, las fiestas que celebran las cosechas rebosan de alegre entusiasmo. Siguiendo esta idea es posible inferir que, inicialmente en nuestra historia, la vida fácil y sin mayores ambiciones haya contribuido para que la mayoría de los argentinos no intentaran proponerse objetivos personales de superación, y por lo tanto no conocieran la experiencia de la alegría de alcanzarlos. Más tarde, la cultura de injusticia generalizada que no premia el esfuerzo y que se fue consolidando a lo largo de la historia, tampoco ha sido propicia para que una buena parte de la población se trazara objetivos de progreso.

Como resultado, los argentinos oscilan entre la esperanza de un futuro mejor, producto de la supuesta y falsa *riqueza ilimitada* y una falta de alegría colectiva que alimenta un pesimismo que desconfía de cualquier solución para los males reales o imaginarios. El problema con este pesimismo es que puede ser como una profecía auto cumplida, porque entre los males que arrastra está el de no favorecer el entusiasmo sobre un proyecto colectivo de país.

Por último

A pesar del título amplio de este capítulo, las creencias colectivas y los aspectos de la idiosincrasia argentina que hemos revisado son sólo aquellos que juzgamos desfavorables para el deseado progreso material. Entre estos aspectos que hemos resaltado o no con títulos, como la ilusión de la riqueza ilimitada, la cultura saqueadora y su generalizada tolerancia, la falta de respeto a la ley y al trabajo, la desconfianza hacia la autoridad, el militarismo y el pesimismo hay una conexión sinérgica que los refuerza. En los capítulos referidos a las etapas históricas de nuestro pasado, se intenta entender cómo han surgido y evolucionado.

³³ La palabra equivalente del Inglés, "accomplishment", expresa mejor este concepto

Algunas de estos aspectos tienen efectos opuestos que a veces se neutralizan. Por ejemplo, en la actualidad el antagonismo que alienta el militarismo está circunscripto a reducidos sectores, interesados en la confrontación, y en general está desleído por la tolerancia hacia las ideas y conductas diversas que promueve el extendido relativismo moral. Estos efectos opuestos serían quizás una cantera donde explorar puntos de apoyo que permitan remover los obstáculos al progreso socioeconómico que surgen de nuestra idiosincrasia.

Referencias

Aguinis, Marcos 2001: El atroz encanto de ser argentino. *Ed. Planeta S.A.I.C.* Buenos Aires, 253 págs.

Bevione, Genaro 1955: Argentina 1910, Balance y Memoria: *Ed. Leviatán.* Buenos Aires, 189 págs.

Darwin, Charles 1860: Viaje de un naturalista alrededor del Mundo. www.dominiopublico.es/...Darwin/Charles%20Darwin%20-%20Viaje%20de%20un%20 351 págs.

Diamond, Jared 2016. Sociedades comparadas. Un pequeño libro sobre grandes temas. *Penguin Random House Grupo Editorial*, 192 págs.

Ipsos MORI 2016: Perceptions are not reality: what the world gets wrong. *Ipsos Perils of Perception Survey 2016.* www.ipsos-mori

Kohan, Martín 2014: El país de la guerra. *Ed. Eterna Cadencia.* Buenos Aires, 318 págs.

Mac Cann, William: Viaje a caballo por las provincias argentinas. Primera edición 1853. biblioteca.org.ar/libros/132900.pdf

Martínez Estrada, Ezequiel 2007: Radiografía de la pampa. *Editorial Losada*, Buenos Aires, 405 págs.

Rosling, Hans, O. Rosling y A. Rosling Rönniund 2018. Factfulness. Ten reasons we are wrong about the world and why things are better than you think. *Hodder & Stoughton, ltd.* Londres. 89 págs.

Sáenz Quesada, María 1991: Los Estancieros. *Ed. Sudamericana.* Buenos Aires, 339 págs.

Tenembaum, Ernesto: Es la paranoia, estúpido. *El Cronista*, 4 de abril de 2017

Tocqueville, Alexis de 2000: Democracy in America. A Bantan Classic Book. Reimpresión del libro original primeramente publicado en 1837, New York, 943 págs.

Tetaz, Martín 2016: Lo que el dinero no puede pagar. Mitos y verdades de la economía de la felicidad. *Editorial Planeta.* Buenos Aires, 273 págs.

Toynbee, Arnold 1998: Compendio del Estudio de las Civilizaciones. *Editorial Alianza.* Madrid, 528 págs.

World Bank/The International Bank for Reconstruction and Development 2006: *Where is the Wealth of the Nations: Measuring Capital for the 21st Century*. *World Bank*. Washington, 180 págs.